

II.

Doña Juana se apartó, se alejó, se perdió entre el silencio el ruido de su brial, y Zancudo, siguiendo por el sendero que doña Juana le había indicado, encontró á poca distancia un bulto.

—¿Sois vos el que me ha traído y ha de echarme fuera? dijo Zancudo.

—Yo soy, contestó el paje.

—Pues vamos andando; y si quereis que os festeje, amigo, veníos conmigo, y comeremos y beberemos juntos.

—Agradézcolo como si lo gozara, contestó el paje; pero mi señora me necesita: con que id con Dios, hidalgo, y hasta mas ver.

Y como hubieran llegado al postigo, el paje le abrió, echó fuera á Zancudo, y cerró.

Nuestro alférez, hecha la cabeza una máquina de imaginaciones, se volvió á la posada de la Cruz de San Juan, se bebió una enorme taza de vino caliente enmelado para dormir bien, y mandando le despertasen antes del amanecer, se acostó, se durmió y soñó que le casaban con una hermosísima infanta, por la cual llegaba á ser rey de la gran Tartaría.

CAPITULO VIII.

DE LA BUENA ADQUISICION QUE HIZO ZANCUDO EN LA ALDEA DE VILLANUBLA.

I.

Despertóse Zancudo sin que le llamasen con la cabeza de tanto soñar caliente, abrió la ventana, vió que el alba empezaba á desperezarse medrosa, cogió del rincón en que las había echado sus armas, armóse, bajó á la cuadra, enjaezó su caballo, pagó la cuenta, y cabalgando, atravesó á Valladolid haciendo retemblar las solitarias calles bajo los anchos cascos de su poderoso corcel, porque Fatima tenía montados á costo y costa á sus aventureros, y llegó á la puerta del puente á tiempo que los guardas la abrian para que entrasen los abastecedores que venian con todo género de vituallas para el mercado de las aldeas vecinas.

Arremetió al trote por el Puente Mayor el alférez, siguió al galope por el camino real de Leon, y cuando el dia empezaba á aclarar, él empezaba á trepar por las cuestas de Villanubla, y

ya de día claro, llegó al caserío de la Bambilla, donde pidió le diesen de almorzar.

—Pues como no queráis huevos frescos no hay otra cosa, le contestaron.

—¿Y vino? preguntó el alférez.

—Húbole, pero avinagróse.

—Pues bebéoslo vos, dijo el alférez, que yo no tengo para qué quebrarme la color, y vengan quince ó veinte huevos, y despachemos.

Trajéronselos, sorbióselos el alférez, pagó por ellos un maravedí viejo, no porque los huevos valieran tanto, sino porque era la menor moneda que llevaba el alférez, y el del caserío no tenía trueque.

Después de esto, nuestro hombre volvió á emprender el camino con muy buen talante, y á la salida del sol, y á la vista de villanubla, Galan, esto es, el caballo, soltó un zapato, ó lo que es lo mismo, perdió una herradura.

Notólo Zancudo, por lo que de la mano derecha cojeaba el bicho, cuando ya no era tiempo de encontrar el hierro, y soltó un rosario de votos que escandalizaron á los pinos que se levantaban sombríos á uno y otro lado del camino, que tan solitario estaba este, que no había quien mas que los pinos de sus votos impíos se escandalizase.

Pero medio consoló á tiempo á Zancudo, próximo ya al pueblo, cierto retintín sonoro que del pueblo salía.

Era el golpe del martillo de un herrador que adobaba sobre el yunque: allá se fué Zancudo.

Llegó, en la entrada del pueblo, á la tienda del herrador, y desazonóse, porque lo que estaba el herrador adobando, eran mezquinos calces de asno.

El corcel de Zancudo tenía siete pulgadas de casco.

—¿Pues ya tenemos para de aquí al domingo que viene! exclamó Zancudo con un humor de los diablos.

—¿Y qué es lo que tenemos para el domingo que viene? contestó el herrador dejando de machacar y mirando de hito en hito al alférez.

—¿Que qué es lo que tenemos? ¿creeis vos que en menos de ocho días podeis forjar una herradura para mi caballo, si es que podeis forjarla?

—Al caballo de Santiago le planto yo cuatro herraduras en dos periquetes, dijo irritado el herrador.

—Mirad que mi corcel es normando, y que tiene unos cascos, que cuando cogen á un hombre debajo, le tapan.

—Ya lo veo: ¿y qué?

—Que ha soltado en esa maldita cuesta una herradura.

—Apéese el buen soldado, contestó el herrador, y ya verá el tiempo que yo tardó en forjarle la herradura y ponérsela al caballo, que no parecerá sino que con ella ha nacido.

Echó pié á tierra Zancudo, arrimóse el herrador al caballo, examinóle la mano descalza y la calzada, y dijo:

—¿Quién es el mal herrador, Judas, que ha calzado este caballo, poniéndole herraje de hierro agrio, sentádoselo mal y clavándolo peor? ¿Pues bien vais para una arremetida, cristiano! Ya no me espanto yo de que haya soltado una, sino de que no haya soltado las cuatro. Vaya, vaya, Jusepillo, hijo, echa carbon en la fragua y dale al fuelle, que vamos á enseñarle á este hidalgo cómo se hierra á un caballo de esta alzada, de estos cascos y de este empuje.

Y asiendo de una barra de hierro mohoso, que con otro mucho hierro viejo tenía en un rincón, metióla en la fragua, encandescióla por uno de sus extremos, y dale que le das, en un santiamén forjó una herradura.

II.

—¿Sabeis, dijo Zancudo, que hasta entonces había estado callado, observando la faena del herrador, que vais teniendo razón?

—¿Cómo que si la tengo! Pues qué, ¿no estuve yo en la casa

del señor rey don Alfonso, y yo era, y no otro, quien le herraba los corceles y las mulas, y no habia quien á mí me ganase de todos los herradores de su señoría y....

Y mientras decia esto, tenia ya medio forjada otra herradura.

—¿Con que servido habeis al señor rey don Alfonso, cristiano? dijo Zancudo: pues ¿y qué edad teneis vos?

—Cincuenta años cumpliré por San Martin, contestó el herrador.

—Pues á fé á fé que pareceis de muchos menos.

—Como que no me he casado, y no tengo criados, y me trato bien.

—¿Ah! eso es otra cosa. ¿Y cómo os llamais, buen mozo?

—Diego Moron el Zurdo, para serviros despues de Dios.

A este punto tenia forjada la segunda herradura, y emprendia con la tercera.

—Pues sois un águila en esto del martillo, dijo maravillado Zancudo.

—¿Ah! ya vereis, repuso el Zurdo; y cuando vuestro caballo esté herrado, ya sé yo que direis que es la primera vez que le han herrado bien en toda su vida: ¿pues qué no hay mas que herrar á un caballo, y conocer cada casco como es en sí, y dar mas ó menos pujabante para no llegarle á los blandos? Vamos, hombre, ¿si creerán que ser herrador es ser cualquier cosa! ¿Por qué les vienen á los caballos las grietas, los cuartos, los agriones, si no es por los herradores judíos, que Dios confunda, que no saben dónde tienen la nariz?

Y á todo esto, forjada la tercera herradura, daba principio al forjamiento de la cuarta.

—¿Os avendríais vos bien con doscientos corceles y veinte acémilas, hermano? dijo Zancudo, que encontraba en el Zurdo un tesoro y queria aprovecharle.

—¿Pues vaya, hombre! como que los animalitos no habian de quedarse todos descalzos en un dia: mas de cuatrocientas bestias entre caballos y mulas tenia el señor rey don Alfonso, y con todas me las entendia yo muy á mi gusto, y holgando; por-

que mirad, en una semana se forja para tres meses. ¡Vaya hombre! sí señor.

—¿Y qué diablos haceis con vuestra habilidad en esta aldea?

—Nací en ella, tira la patria, y luego, mi tio el sacristan, que santa gloria haya, dejóme unos pegujares, y labrándolos y herrando á todas las bestias de los alrededores y las que pasan, me gano bien el sustento y ahorro.

—Os echo mano, exclamó Zancudo, que de tiempo en tiempo echaba impaciente ojo al camino, por ver si venia doña Juana.

III.

A este tiempo el Zurdo tenia ya adobada la una herradura, y emprendia con el adobo de la segunda.

—¿Que me echais mano á mí? dijo el herrador: ¿y á qué fin?

—A fin de que seais herrador y albéitar de mi compañía.

—¿Y qué compañía es la vuestra?

—La famosa compañía franca del caballero del Aguila Roja.

—Pues si la compañía es tan buena como el herrador que tiene, dijo el Zurdo, no doy por ella dos cornados.

—Pues porque el herrador que tenemos no merece serlo de nuestra compañía, y vos sois un prodigio, y la compañía es un prodigio de brava, en nombre de mi capitan os tomo á sueldo.

—¿Sabeis á quién tomáis á sueldo, si yo quiero? dijo el herrador.

—Tomo á un hombre que forja una herradura que parece que se ha caido del cielo, y que además me parece un buen mozo de pelo en pecho, capaz de darle una lanzada al mismo Roldan el francés que se viniera de Roncesvalles, dondè dicen que anda en pena.

—Eso por supuesto; que si me dieran á mí convertidos en hierro, los hombres que cuando la guerra del rey don Alfonso con su hijo el rey don Sancho eché yo por la grupa del primer embite, ya habria para herrar á todas las caballerías del mundo;

pero no es eso solo; que me den á mí un jaco muriéndose, y que yo me proponga curarle, y en tres dias le pongo nuevo; y no es eso solo, que tambien soy médico, y para catar heridas no hay otro como yo, y soy saludador y zahorí, y si no venid acá y vedme en el cielo de la boca un santo Cristo negro: ¿lo veis?

—Hombre, lo que yo veo es una cosa negra junto al paladar, lo que es buena seña, porque los perros de buenos vientos y los mas finos tienen negro el cielo de la boca.

—Pase por la mala comparacion, dijo el Zurdo; pero en fin, vamos andando. A ver, Jusepillo, trae el pujabante y las tenazas y vamos á calzar á este buen mozo.

Y el Zurdo se puso á herrar el caballo.

Parecia como que las herraduras se las habian hecho á molde. Zancudo estaba encantado.

—Con que vamos, dijo, ¿os venís con nosotros?

—Mirad, todo puede ser, segun el trato.

—Pues vamos á cuentas: ¿quereis ser hombre de armas?

—No hay inconveniente, que tanto da forjar hierro como romperlo de punta. ¿Y qué sueldo?

—Cuatro maravedises viejos diarios, racion de carne y vino, y despues del quinto del capitan, á partir las presas con los compañeros.

—Bien paga vuestro capitan, dijo el Zurdo.

—Le gusta tener contenta á la gente.

—¿Y armas y caballo?

—El capitan las dá.

—Bueno; por lo de hombre de armas, me convengo: ¿y por herrador y albéitar?

—Vos direis.

—Cinco maravedises viejos al mes por cada caballo, y cuatro por cada mula.

—¿Entrando el herraje y las medicinas?

—Hombre, por supuesto; porque lo que se gasta de mas en lo uno, se gasta de menos en lo otro.

—Convenidos.

—¿Y por lo de médico y cirujano?

—Eso vos direis.

—Otro tanto que por lo de hombre de armas, que tanto dá curar heridas, como hacerlas.

—Me parece que nos arreglamos.

—¿Y por lo de saludador y zahorí y astrólogo? Que no sabeis lo que eso vale.

—Poned vos la medida.

—¡Hombre! por eso, otro tanto que por médico.

—Bien, ¿Con que tenemos doce maravedises diarios y tres raciones por una parte, y por otra cinco maravedises al mes por herraje y cura de cada caballo y cuatro por cada mula?

—Eso es. ¿Y de enganche? señor soldado.

Metióse Zancudo la mano en la escarcela, sacó de ella el bolsillo que la noche anterior le habia dado doña Juana de Lara, tomó de ella seis cruzados de oro y los dió al Zurdo.

Este los miró en la palma de la mano y dijo:

—Buen oro y viejo; pero aunque esto basta para el enganche, aún falta algo, lo que valen el hierro, la fragua y las herramientas.

—Poned precio.

—Otros seis cruzados.

—Tomad.

—Falta todavía.

—¿Y qué?

—Yo no dejo á Jusepillo, que es un huérfano que recogí abandonado, para que pida limosna; además, me es útil, porque es buen muchacho de fuelle.

—¿Cuánto por Jusepillo?

—¿Qué menos se le ha de dar al desventurado que un cruzado de enganche, medio sueldo de hombre de armas y racion entera? Y luego que guisa que es un primor y cuece unas uñas de vaca con peregil y hace un salmorejo con caracoles y un salpicon que puede comerlo el mismísimo rey en persona.

—Me quedo con Jusepillo, y allá van, no un cruzado, sino dos, que tiznado y todo me parece un rapaz de buen talante.

—Dios se lo pague al señor hidalgo, dijo Jusepillo, hablando

por la primera vez, y apretando en el puño, ébrio de alegría, los dos cruzados que le habia dado Zancudo, y yéndose á mantener, sin soltarlos, la pata izquierda de Galan, que era la que faltaba por herrar.

—Pues falta todavía, dijo el Zurdo, porque como yo soy zahorí, me estoy oliendo que en cuanto acabe de herrar el corcel, vais á decirme que eche á andar con vos.

—Eso por supuesto.

—Pues bien; por un cuartago que tengo yo ahí, buen bicho, como que lo he criado yo en mi casa, y en el que haremos la jornada Jusepillo y yo, y por la montura, dos cruzados.

—Allá va.

—Item, por dejar abandonada mi hacienda y erial, la renta de cada un año.

—¿Y qué renta vuestra tierra?

—Tres cruzados.

—Eso se añadirá á vuestro sueldo.

—Item, por las semillas que se quedan en mi panera, y que no sé si podré aprovecharlas, porque no me dejais tiempo para venderlas, seis cruzados.

—Tomad, y ved si falta algo.

—Nada falta, sino que Jusepillo vaya á enjaezar el cuartago, á poner la ropa en un saco y andando.

—Pues sobre la marcha.

—Entre tanto yo voy á avisar al alcalde que se venga á entregar de lo mio, y me lo guarde y me lo cuide y me ponga las tierrecillas en renta.

—Id, y volved cuanto antes.

IV.

Jusepillo se metió para adentro y el Zurdo se echó para afuera.

—Y vaya si es conveniente, se quedó murmurando Zancu-

do, un hombre que hierra como este y que tiene mas oficios que dedos; he hecho un hallazgo, y luego que me parece hombre de buen ingenio y dispuesto para todo. ¡Qué! si parece que Galan descansa y que tiene mas fuerza de bien calzado que está. Pero ¡calla! polvo á lo largo del camino; la señora, ¡rayo de Belcebú! y sin poderme mover de aquí. Vamos, dejaréla pasar, y luego la alcanzaré: pero metámonos adentro para que no nos vea.

Y asiendo del caballo se metió con él en la casa del albéitar, y se cubrió á fin de que no le vieran desde afuera.

V.

No tardó mucho en llegar y en pasar rápidamente doña Juana Nuñez de Lara.

Zancudo, que miraba con la puerta de candilejo, vió que la acompañaban gran número de pajes y criados á caballo, y que la escoltaban como una cicuenta de magníficas lanzas gruesas.

—¡Anda, anda! dijo Zancudo: ¡pues no tienen poder los Laras, que digamos! Si esa gente fuera mia, de aquí á un mes era yo rico hombre, señor de villas y lugares; pero para hacer esto, y que no lo tomen á bandidaje, es necesario ser caballero y tener empresa. Allá veremos. ¡Y que no va hermosa que digamos la tal doña Juana! ¡suerte como la de mi capitán! ¡Cáscaras! Y se conoce que está enamorada de él como una loca: con que quiten de en medio á ese señor infante don Enrique, lo cual no es difícil, porque aprovechando un dia de batalla, en un rebullicio, entre el polvo y la confusion, un buen golpe de maza no se sabe de dónde ha salido; y luego este Zurdo, que es zahorí y ensalmador, y quizás quizás envenenador: ¡quién sabe lo que puede salir de esto! Allá veremos. ¡Hola, hermano Zurdo! ¡este amigo que viene con vos, es el alcalde?

—Para servir al señor soldado, dijo un patan grave que venia con el herrador, entrándose muy cargado de capa, á pesar del calor que hacia, en la casa: aquí me ha dicho este que vos os

lo llevais á la guerra, y yo lo siento, porque era nuestros piés y nuestras manos, y para herrar no hay dos como él, ni para curar á los muchachos el mal de ojo, ni para otras muchas cosas que ya le ireis descubriendo; pero en fin, cada cual hace de su capa un sayo y Dios con todos, y mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y no digo mas, y andando, y véte tú, Zurdo, cuando quieras, que ya veo salir por ahí con el cuartago á Jusepillo: descuida por tu hacienda, que yo te la guardaré, hombre, como si fuera mia. Y con esto y con sacar las bestias á la calle y montar, y echando yo la llave á la puerta y marchándonos á la taberna para la despedida, no hay mas que decir.

Y dicho y hecho: sacó Zancudo fuera á Galan, Jusepillo fuera al cuartago, cabalgaron Zancudo y el Zurdo, saltó con la agilidad de un mono á las ancas del cuartago Jusepillo, echó el alcalde la llave á la puerta, y en buen amor y compañía se fueron á la taberna, bebieron de lo lindo, cargaron las botas Zancudo y el Zurdo, y este último, despidiéndose del alcalde y de los vecinos que á la taberna habian acudido, siguió á Zancudo, que se puso muy pronto al trote fuera de la aldea, siguiendo la carretera.

CAPITULO IX.

EN QUE EMPIEZA Á PARECERLE AL ZURDO NO TAN BUENO EL TRATO QUE HABIA HECHO COMO HABIA CREIDO.

Subíase á mas andar el sol calentando mas de lo justo y amenazando con un dia calurosísimo.

—Es imposible, imposible de todo punto, decia Zancudo, pensando en el calor que se preparaba, que una dama tan delicada como ella pueda resistir el sol que hará dentro de dos horas: de seguro que se parará á sestear en algun otero en el camino: marchemos, sin embargo, de prisa, que despues nos pondremos al paso de la señora. Pero ¡diablo! se me olvidaba: cuando se engancha á un soldado, se le toma pleito homenaje y juramento, y yo me he olvidado de esto.

Y Zancudo refrenó su caballo, se detuvo, y dijo al Zurdo:

—Empinemos las botas.

—Empinémoslas, contestó el Zurdo, que era hombre de buen tragadero.